

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos

2

Sin conversión no hay anuncio

«Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4, 29)

Comenzamos la oración, en esta segunda semana de Cuaresma, rememorando lo que recordábamos la semana pasada: cómo fue nuestro primer encuentro con Jesucristo, quién nos habló de él y nos ayudó a conocer su Evangelio... Mientras vamos haciendo memoria, cantamos o escuchamos el siguiente canto:

Andando por el camino,
te tropezamos, Señor,
te hiciste el contradizo,
nos diste conversación,
tenían tus palabras
fuerza de vida y amor,
ponían esperanza
y fuego en el corazón.

Te conocimos, Señor, al partir el pan,
tú nos conoces, Señor, al partir el pan.

Andando por los caminos,
te tropezamos, Señor,
en todos los peregrinos
que necesitan amor;
esclavos y oprimidos
que buscan la libertad,
hambrientos, desvalidos,
a quienes damos el pan.

Junto al pozo de Jacob

Los fariseos de Jerusalén empezaron a alarmarse porque la predicación de Jesús tenía éxito y muchos iban tras él. Así que decidieron parar los pies de aquel nuevo profeta y empezaron a acosarlo con preguntas capciosas tratando de cogerlo en alguna contradicción. Jesús, por su parte, que era consciente de que debía seguir adelante con su misión, se apartó de Judea por algún tiempo y se dirigió a Galilea, donde podía evangelizar sin aquellas interminables diatribas con los fariseos. El camino más corto de Judea a Galilea es el que pasa por Samaría. En la hondonada del valle que forman los montes de Ebal y Garizim se encuentra la ciudad de Sicar y a poco más de un kilómetro está el pozo de Jacob. Era la hora del mediodía, cuando más aprieta el sol y un sorbo de agua fresca reconforta del cansancio al caminante. Mientras sus discípulos fueron al pueblo a buscar comida, Jesús se quedó junto al pozo y entonces llegó una mujer samaritana a sacar agua. Jesús le pidió de beber; a la samaritana le extrañó que un rabino hablase con ella, pues los rabinos consideraban indecoroso hablar en público con las mujeres, y le extrañó todavía más que su interlocutor fuera judío (o eso pensaba ella) y hablase con ella, porque los judíos no se trataban con los samaritanos.

La conversación entre Jesús y la samaritana nos la ha conservado el evangelista y conviene leerla pausadamente (*Jn 4, 7-19*). Fue una conversación que comenzó con desdén por parte de la mujer. «¿Cómo tú, siendo judío —le dijo—, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Pacientemente, Jesús le respondió: «Si supieras quién es el que te pide de beber, serías tú la que le pedirías agua viva». Pero ella contraatacó en tono de burla: «Si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo?». La conversación giró hacia otra petición, ésta por parte de la mujer, que sin dejar el tono burlesco le dijo: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla».

La conversación, larga y enjundiosa, terminó con el acto de fe de la samaritana cuando se dio cuenta de que aquel desconocido podía ser el Mesías que todos esperaban. Entonces, ella salió corriendo hacia el pueblo y apremió a su gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?» En aquella conversación, Jesús la hizo recapacitar sobre su propia vida, una vida marcada por la ventolera de la pasión (había tenido cinco maridos y el hombre con el que entonces vivía no era marido suyo), y cayó en la cuenta de que debía rectificar su vida, si quería ser feliz. En Sicar, muchos samaritanos creyeron en Jesús por el testimonio de aquella mujer, que no dejaba de proclamar: «¡Me ha dicho todo lo que he hecho!». La samaritana fue al pozo a buscar aguar como todos los días, pero volvió convertida y transformada en propagandista de Jesús ante sus vecinos.

Pidamos ahora a Jesús que nos ayude a ser testigos de lo que a nosotros nos ha ocurrido con Él para que otros también lleguen a creer en Él por nuestro testimonio:

Amado Señor, ayúdame a esparcir tu fragancia allí donde vaya.
Anega mi alma con tu espíritu y tu vida.
Impregna y posee todo mi ser,
hasta que mi vida sea mero resplandor de la tuya.

Resplandece a través de mí,
para que todas las personas que me rocen
sientan tu presencia en mi alma.

Deja que predique sin predicar,
no a través de la palabra,
sino de mi ejemplo,
de una fuerza arrebatadora,
de la compasión en lo que hago
y de la plenitud del amor que mi corazón te profesa.

(J. H. Newman)

El anuncio no sonó a falso

Lo que la samaritana dijo a sus vecinos no sonó a falso; estaba avalado por el testimonio de su conversión: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho», repetía arrepentida. No sólo informó a sus vecinos de que junto al pozo de Jacob había encontrado a un hombre que había descubierto los secretos de su vida, sino que confesó su decisión de cambiar de vida, porque, si realmente aquel hombre era el Mesías, ella había sido tocada por el dedo de Dios, que le indicaba a quién debía seguir en adelante.

El papa Pablo VI, en su memorable encíclica sobre la evangelización del mundo moderno, explicó el dinamismo del anuncio evangelizador con estas palabras:

«La buena nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiesten su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunidad de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse a quienes contemplan su vida interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la buena nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. (...) Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores» (*Evangelii nuntiandi*, 21).

El camino que el Papa señala para la credibilidad de nuestro anuncio de Jesús es sencillo y, a la vez, comprometido: se trata de ser solidarios con quienes convivimos, de compartir con ellos todo lo que de bueno y noble hay en la vida, de tener fe y esperanza en aquellos valores que van más allá de los valores corrientes... Quien vive y actúa así, como fruto de una vida convertida e iluminada por el Espíritu de Jesús, hace creíble lo que más o menos pronto llegará a decir sobre ese Jesús en el que cree. Los de Sicar, después de conocer a Jesús, dijeron a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo». La samaritana los puso en las manos de Jesús, que es quien en definitiva nos evangeliza. Pero, sin el testimonio de aquella mujer, no se habrían encontrado con Jesús ni le hubieran rogado que se quedase en su pueblo.

Con obras y palabras

Hace dos años, tuvo lugar en Barcelona una Asamblea de la Acción Católica General, en la que unos mil cristianos —niños, jóvenes y adultos— se preguntaron cómo podían anunciar a Jesucristo, en estos tiempos, “*con obras y palabras*”. Allí se dijo con toda claridad que la buena nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio de nuestra vida. Pero se añadió que nuestro testimonio será insuficiente, si no damos razón de nuestra esperanza, si no anunciamos de forma explícita al Señor Jesús. El papa Pablo VI ya lo había escrito con toda claridad:

«Sin embargo, esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado —lo que Pedro llamaba dar “razón de vuestra esperanza—, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. (...) No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 22).

La semana pasada nos propusimos anunciar a Jesús a las personas que tenemos más cercanas: los parientes, los amigos, los que participan de la vida de la Iglesia..., venciendo esa alergia, que a veces sufrimos, a compartir con otros cristianos nuestras vivencias íntimas. En esta semana, se nos propone dar un paso más y llegar a aquellas personas con las que compartimos sentimientos y valores. ¿Qué sentimientos y qué valores? En el Congreso de Laicos, celebrado en España en febrero de 2020, se señalaron algunos especialmente necesarios en nuestros días, tales como:

- * desterrar el individualismo y descubrir que todos somos necesarios, valorando lo bueno que hay en los otros;
- * abandonar los prejuicios, el pesimismo y la tristeza que infectan la vida de nuestra sociedad;
- * compartir la vida con toda persona de buena voluntad, reconociendo su dignidad;
- * vivir la “cultura del encuentro” propuesta por el papa Francisco, fomentando la cercanía, la acogida que no condena, la paciencia, la escucha, el diálogo...

Hemos de encontrar el momento oportuno para compartir estos valores con todos aquellos que también los consideran valiosos y para decirles que es Jesucristo quien nos impulsa a vivir así. Probablemente nos llevaremos la sorpresa de escuchar que también esas personas están experimentando un valioso encuentro con Jesús.

La actual situación del mundo exige que hablemos abiertamente de Dios. Le conocemos y tratamos familiarmente, pero no siempre nos resulta fácil nombrarlo en público. Al dar testimonio del Evangelio en los diversos lugares de nuestro mundo, tenemos la oportunidad de interpretar cristianamente los acontecimientos cotidianos, de hablar de Cristo y de los valores cristianos, de dar razón de nuestras acciones y de nuestra esperanza. En la sociedad que nos ha tocado en suerte, es imprescindible que tengamos una voluntad decidida de anunciar explícitamente a Jesucristo como buena noticia de salvación, aprovechando todas las ocasiones que están a nuestro alcance.

Concluimos este tiempo de oración invocando al Espíritu Santo para que aliente en nosotros la valentía de ser testigos de Jesús entre las personas con las que compartimos valores y sentimientos:

Cuando el olvido y la indiferencia nos alejen del hermano:
¡Ven, Espíritu de Amor, Bondad y Ternura!

Cuando la incompreensión nos aisle:
¡Ven, Espíritu de Sabiduría y Unión!

Cuando la mentira nos envuelva:
¡Ven, Espíritu de Verdad!

Cuando las tinieblas nos encubran y envuelvan la realidad:
¡Ven, Espíritu de claridad y transparencia!

Cuando el egoísmo nos pueda:
¡Ven, Espíritu de Jesús, ayúdanos a ser para los demás!

Cuando la pereza nos paralice:
¡Ven y sacúdenos, Espíritu de servicio!

Cuando la incredulidad nos ciegue:
¡Ven, Espíritu Santo y danos sabiduría!

Cuando el desánimo nos domine:
¡Ven con tu Esperanza, Espíritu Santo!

Cuando la debilidad nos pueda:
¡Ven, Espíritu de Fortaleza!

Cuando la mediocridad sea nuestro pan de cada día:
¡Ven, Espíritu de Jesús y empújanos a un entrega total!

Cuando la tristeza nos amenace:

¡Ven, Espíritu de Alegría y fiesta cristiana!
Cuando la exigencia del Reino nos llame:
¡Ven, Espíritu Santo y camina con nosotros!
Amén.

Para la reflexión personal y en grupo

- ♦ Revivo mi experiencia de encuentro con Jesucristo y la conversión que su presencia ha provocado en mi vida.
- ♦ ¿Qué tiene que cambiar todavía en mi vida para que la vivencia pública de mi fe no suene a falso?
- ♦ ¿Con qué personas comparto con naturalidad mi experiencia de Dios y con quiénes me resulta más difícil anunciar a Jesucristo? ¿Qué voy a hacer al respecto?